

## XV

París, 25 julio 1860.

Mi querido Baille:

Me había prometido no volver sobre nuestra antigua discusión; pero la carta que recibo me obliga á faltar á mi propósito.

Estoy apenado por la manera que has tenido de tomar mis palabras. ¡Yo tratarte de cretino! ¿Has soñado? ¿Sería tu amigo, te diría todos mis pensamientos, estos pensamientos que oculto para que no se rían? Puede ser que mi talento de observación sea mediocre, sin embargo, lanzo una mirada sobre las personas amadas, y verás cómo aparto de la muchedumbre los más grandes corazones, las inteligencias más grandes. Pablo, cuyo carácter es tan bueno, tan franco, cuya alma es tan amante, tan tiernamente poética; tú, el enérgico, el porfiado, que ama como trabaja; tú, la bella inteligencia, que no tiene la pequenez de desdeñar el estudio porque el estudio le es fácil. Después, descendiendo, Houchard, á quien he visto en la obra, amigo á toda costa, con cuya bolsa se puede contar á toda hora y en todo lugar; Marguery, el crédulo, el excelente mozo, mediocre, es verdad, desde algunos puntos de vista, pero que se sale por lo menos de lo vulgar. Podría citarte todavía á Pajot, joven parisino, á quien conocerías, sin duda, en la escuela, imaginación poética aunque sin gusto, inteligencia superior. Y no ensalzo á nadie; cierto que tenéis vuestros defectos; pero lo afirmo: esas son vuestras cualidades. Aquellos á quienes doy el nombre de amigo, deben, pues, estar orgullosos, no á causa de mí, sino á causa de los que me rodean, no por mi débil mérito, sino por los méritos que yo encuentro en ellos. ¿Y eres tú el que, para resumir mi juicio,

encuentras el bello nombre de cretino? ¿Y eres tú realmente el que crees que ese es mi pensamiento? Después me preguntas ingenuamente por qué este malhadado epíteto, que felizmente no he pronunciado. Te he dicho que no eres ya joven, que tu espíritu resultaba á menudo sistemático. Y no es esto ni porque no hagas versos, sino estudios matemáticos en un colegio, ni porque sueñes con tu porvenir. Muchos poetas no escriben, y muchos matemáticos son poetas; el porvenir pertenece al mundo entero; á todos, sobre todo á los niños, y soñando cotidianamente no es posible que me haya dejado llevar por esas razones. Tú estás hecho el campeón de una fea causa, lo encuentras todo aquí abajo; yo buscaba en vano el menor arranque en tus cartas, el menor arrebato de una legítima indignación. Pero nada de eso: sistemas de conducta fríos y razonables. Después para irritarme, una teoría sobre las pasiones que me pareció la más absurda del mundo: colocarlas como una estúpida adición, fríamente, metódicamente, y convertirse en amo y señor de ellas como de cosas materiales; excluirlas sin lucha alguna en la primera mitad de la vida, más tarde llamarlas para que acudan á la hora convenida. Di conmigo que semejante teoría es por lo menos extraña, que sobre todo no deberá ser aplicada á las cosas humanas, esos arranques tan espontáneos é irresistibles. Has marchado arrogante y tranquilo hasta aquí, pero para hacerte perder ese hermoso equilibrio, ¿crees que aquella montaña, aquel terrible viento no bastará? Una mirada de mujer, probablemente una nonada, un pensamiento devorante de cada día. Te lo repito, si puedes contenerte así, retener ó dejar escapar las riendas á tu fantasía, es que no tienes pasiones, es que no eres ya joven. Y aquí, distingamos. Yo no conocía de ti más que dos fases: el compañero de nuestras partidas, alegre y reidor; después el amigo que me escribió estas cartas de una cordura y de una realidad desesperantes. Estos dos



hombres, á pesar de sus desemejanzas, tienen bastante conexión entre ellos; el colegial escapado sólo es loco superficialmente, su locura no es más que la usada; brilla y se extingue, y el niño porfiado y trabajador, no tarda en reaparecer. Hoy, ¿son estos los dos solos aspectos desde los cuales se te puede ver? ¿Te manifiestas completamente, ó bien no son más que dos partes de un todo más dividido? Lo ignoro; pero tú comprendes que, juzgándote, no puedo juzgar más que sobre lo que veo. En otro tiempo me has hablado de un ideal perdido, y que jamás me diste á conocer. ¿Has amado? ¿Amas? No lo sé. Te conozco desde hace siete años, y busco en vano en mis recuerdos una locura, una pasión que haya turbado tu equilibrio; ¿es ignorancia? ¿es ceguera? No veo ninguna. Te me apareces siempre tal y como eres, marchando derecho á un fin, con una idea fija: llegar por tu trabajo, sin tropezar jamás con obstáculos, riendo con todo tu corazón, pero en los momentos perdidos, y midiendo tus sonrisas como medias todas tus cosas. ¿Es, pues, herir la verdad, es herir nuestra amistad decirte francamente que tu carácter es razonable y frío, que careces de los arranques, de las locuras, de las pasiones de la juventud? ¿Es ultrajarte el concederte aquí estas cualidades: razón, cordura, y previsión? Lejos de mí aconsejarte imitar á esos jóvenes locos que se arrebatan por una idea, esos caracteres frágiles que no saben seguir cuerdamente una ruta, que se divierten con cada flor del sendero; lejos de mí proponerme por ejemplo, yo el voluble, el soñador. Tú eres razonable, cuerdo, previsor; yo el averiguador y nada más. Debieras darme gracias, en lugar de ver un insulto en un retrato fiel, todo en alabanza del original. Alguna cosa puede arder en ti; esto es lo que no he podido saber, y te creo bajo palabra. Tu vuelta vendrá sin duda, tu equilibrio se romperá. Pero, entre tanto, eres tal que te contristo, y eres así, no porque yo lo vea, sino porque es, por-

que Satán ó Dios no han puesto todavía delante de tí alguna gruesa roca.

Voy á dejar aquí este asunto: he dicho cuanto pensaba, lo que creí ver, yo no sabría contradecirme. Si este juicio te hiere, lo que me parece imposible, es porque te equivocas en grande. Te habla un amigo, sin amargura, sin más interés que el tuyo; usando la franqueza, ese primer fruto de la amistad; un amigo completamente dispuesto á reconocerse cuando tú le pintes, ó por lo menos, si se defiende, no acusando á tu corazón y á tu lealtad, sino á tus errores de observación.

Me haces un retrato extravagante de un poeta librepensador de tu colegio: «Amor propio riguroso y grosero, vanidad hinchada y vacía, egoísmo bajo y vivo.» Nada menos que esos defectillos. ¿Y es este sér—el que según tú,—sale del carril común? Por sus vicios, bueno, pero no por su superioridad. ¿Tienes en realidad ante tus ojos el original de tal retrato: «hipócrita, franco, tonto por cálculo?» ¿Cómo te atreves á ensalzar á la sociedad, á los hombres en general, cuando observas tan tristes muestras, cuando sobre todo me las das como superiores á los otros? El hombre perfecto es un monstruo, si monstruo quiere decir estar fuera de la naturaleza; no existe; Diógenes lo buscó en vano. Pero afortunadamente el hombre completamente vicioso resulta tan extraordinario como el perfecto. Todos tenemos grandes defectos, pero todos nos elevamos por una gran cualidad. Es Lucrecia Borgia, la envenenadora, redimiéndose por su amor maternal; es Marión Delorme, la hija de la alegría, santificada por su amor hacia Didier; es Quasimodo, es Triboulet, seres deformes, tanto en lo físico como en lo moral, pero convertidos en luminosos por sus almas amantes. Registra, entonces, bien tu poeta, trata de poner su alma al desnudo, y no lo dejes hasta que no estés seguro de que no contiene nada de grande. No, en verdad, no quisiera que tú te asemejases á este sér. Ten-



go la altanería de la debilidad, pero me creeré perdido si dices de mí tales cosas. Dejemos la lira á un lado; la Musa, ha dicho Musset:

La Musa es siempre bella,  
ya para el insensato, ya para el impotente  
porque para nosotros su hermosura latente  
forma nuestro entusiasmo, nuestro amor hacia ella.

Y yo lo decía hace poco—perdona que me cite después de un gran poeta,—en una carta dirigida á Cézanne:

¡Marchad, marchad, mis versos! buenos... malos...  
[¿qué importa,  
si me entreabris el mundo ideal que me transporta,  
y ese cascabeleo me llama presuroso  
al baile de las ninfas del bosque misterioso?

Pero si es fácil juzgar una obra en verso, declarar-la detestable ¡cuán difícil es juzgar á un hombre y declarar-le vicioso! En los poetas, hablo en general, hay dos seres: el soñador y el hombre real, el alma y el cuerpo, el ángel y el bruto. Juzgadlos separadamente, porque si no vais á condenarlos á los dos. Si queriendo apreciar al hombre real, os servís del soñador, y recíprocamente, diréis, como lo has dicho tú mismo: «que él emplea grandes palabras, palabras sagradas tales como la amistad, la virtud, el alma, el corazón, y que se sirve de este escudo para cubrir sus acciones cualquiera que ellas sean.» Pecaréis por exceso y por defecto á la vez. Queréis que el hombre real sea tan loco como el soñador y que el soñador sea tan material como el hombre real, lo que es un absurdo. Es evidente que necesita separárseles, para permanecer en la verdad, pensar que tenemos un alma y un cuerpo y que esta alma y este cuerpo reinan alternativamente. Juzgad al poeta; juzgad al hombre, vedles el cuerpo, vedles el alma, y pesando las

cualidades y los defectos separadamente y comparándolos en seguida, podréis estar en lo justo. El hombre verdaderamente vil es aquel en el cual sólo reina el cuerpo; hacedlo el blanco de toda vuestra indignación. Pero si, bajo los extravíos de la carne y de las pasiones, descubris un alma que ama la belleza, el bien y la justicia, suspended, por piedad, vuestro anatema, consideraos á vosotros mismos con vuestra fragilidad y vuestras bajezas; entonces, seducidos por repentina misericordia, probablemente perdonaréis. Es en verdad inaudito que tome contra ti la defensa del hombre, yo que hace poco maldecía la sociedad. Y es que si soy áspero y arrebatado en teoría, resultado dulce y conciliador en la práctica. Amo todo lo que es débil y pequeño, todo lo que sufre; amo á los animales porque no pueden expresar por la voz sus sufrimientos y sus necesidades. Amo al pobre hombre herido, y si me arrebato al considerar que él es el culpable de sus heridas, encuentro, no obstante, lágrimas para compadecerle. Vuelvo á entrar en mí mismo, y quiero mi egoísmo, mi orgullo, mi locura, y perdono á los otros sus defectos. Jamás he tenido esa sensiblería religiosa de vanos simulacros de religión; sin embargo me esfuerzo en seguir los preceptos de Jesucristo, esas máximas morales y sublimes. Soy voluptuoso, ruín, ¿yo qué sé? pero creo firmemente no ser todo malo. Deseo el bien, busco la verdad; y entre todos mis desvaríos contará por mucho mis débiles esfuerzos. Nosotros, niños de este siglo, dudamos de todo; si dudas de mi sinceridad lo lamentaré. La declamación ha matado todos los arranques del alma; ¿puedes no ver aquí nada parecido y no creer que á semejanza de tu amigo el poeta, calculo el efecto de mis palabras y de mis acciones?

Cuanto á la regeneración de la sociedad, tarea ante la cual retrocedes, jamás he tenido el orgullo de ensayar á emprenderla. No soy más que un átomo; si mi lira fuese de bronce, si mi voz tuviera bastante



resonancia, probablemente lo ensayaría. El papel del poeta es sagrado; es el de regenerador. Se debe al progreso y puede llevar muy lejos á la humanidad por el camino del bien. Que Dios me preste su aliento y estoy presto. Cuanto á mi felicidad futura, á mi porvenir, estoy lejos de no soñar. Por otra parte, si succumbo en la demanda, el resultado será un desventurado menos.

Te lamentas de mi silencio, y no soy en verdad culpable. Te he escrito la semana pasada á casa del señor Maubert; la carta ha debido llegar el día 17 á Marsella. Debo deducir que no te la ha enviado y siento un verdadero disgusto. Tenía singular interés en que la recibieras porque te hablaba en ella de la familia, la civilización y el amor, y ensayaba la manera de hacerte comprender mi manera de ver en estos tres asuntos. Habrá lagunas en mis argumentos, en mis pensamientos; la victoria te será cómoda y fácil. En el caso de que no la hayas recibido todavía, trata de procurarte esta carta. Te lo repito: deseo mucho que la leas. Puede ser que excediera del peso y que el señor Maubert no haya querido recibirla; no lo sé. En fin, haz pronto tus reclamaciones. Esta carta es la tercera que te envió á la nueva dirección; temo que se extravíe también. Así, escríbeme lo más pronto posible y dime el número de misivas que te ha enviado el señor Maubert. Esperaré hasta entonces, sin expedirte una sola línea. Necesito poder contar con la fidelidad de nuestro intermediario.

He prometido hablarte de Shakspeare; esta no es una tarea insignificante. El genio se siente, pero no se explica. Repetirte todo lo que se ha dicho sobre él, y decirte bajo la fe de los demás que nadie ha conocido mejor el corazón humano; poner ¡oh! ¡oh! y ¡ah! ¡ah! con muchos signos admirativos, eso no me sonríe en modo alguno. No importa: voy á tratar de decirte del mejor modo posible, la sensación que ha

producido en mí este gran escritor. Si lo juzgo mal, si coincido con algunos críticos, no soy responsable de ello; todo lo que yo he prometido es hablar según mi opinión y no según la de tal ó cual libro. Se necesitaría cerca de un volumen para cada drama, y me gustaría más apreciarlo así largamente, escena por escena, que resumir la apreciación en algunas líneas. De cualquier modo que sea, hablemos primero de la forma. No he podido leer á Shakspeare nada más que en traducción, lo que no permite apenas apreciar el estilo. Tal comparación que me parece de mal gusto, extravagante, fuera de lugar, está probablemente en su sitio en el original; los italianos dicen: *traduttore, traditore*—traductor, traidor.—Con todo, como me veo obligado á juzgar por lo que leo, confieso que encuentro muchas cosas chocantes; aquí las frases preciosas, allá demasiado crudas. Dios me libre de ser mogigato; ya sabes cuánto deseo la libertad en el Arte, cuán *romántico* soy, pero ante todo soy poeta y amo la armonía de las ideas y de las imágenes. Hecha esta objeción sutil ya no me queda más que admirar. El plan de un drama es siempre una obra maestra; las escenas son cortas y numerosas, la decoración cambia cada vez y este perpetuo vaivén, que probablemente nos chocaría, habituados á la vieja unidad de lugar, sirve maravillosamente al poeta, permitiéndole mostrarnos toda la acción. Nada más hábilmente tejido; el drama se desarrolla por sí mismo, sin sacudidas, con el cuadro de la vida misma: aquí los llantos, allá la risa; aquí lo terrible, allá lo grotesco. Pero nada de encontrado, nos recogemos en nosotros mismos, vemos con nuestra vista los contrastes codearse del mismo modo, y no podemos por menos de confesar que la verdad ha conducido la pluma del escritor. Siendo todo real por excelencia, Shakspeare no ha rechazado el ideal; del mismo modo que en la vida el ideal tiene gran puesto, en sus dramas vemos siempre flotar una blanca visión: *Ofelia* y su locura tan poética; *Julieta* y su



amor tan puro. Algunas veces el ideal no es más que un ángel de luz, pero el ángel de las tinieblas: es *Caliban*, el demonio de la *Tempestad*; son las tres brujas de *Macbeth*. Por otra parte, como muchos poetas, Shakspeare se sirve á menudo de alguna comparación tomada del mundo misterioso para pintar el espanto, el amor, etc. O bien saca además de lo horrible efectos magníficos como en el monólogo de Julieta, presta á beber el narcótico. Debe descender á la tumba desde donde huirá con su amante. Pero, en el momento de llevar la copa á los labios, se pregunta si no es veneno lo que contiene; siente miedo de despertarse sola en las entrañas de la tierra, ve los cadáveres de sus antepasados, oye sus gemidos, arranca sus mortajas, se burla de sus osamentas, y loca de terror se golpea el cráneo. Después el amor la exalta, y en un sublime movimiento bebe gritando: «¡Ya voy, Romeo! ¡Bebo por ti!» Este trozo es de los más bellos y se puede preferir al que sostienen los amantes, cuando se separan á la aurora naciente. Para hacer comprender mejor mi pensamiento, te diré que á menudo en Shakspeare la forma ideal encubre un pensamiento real, un sér humano; que él hace escudriñar el fondo y no ver en las palabras más que exclamaciones arrancadas por las pasiones á seres reales, pero grandes por sus mismas pasiones. A veces choca estos arrebatos en las palabras, estas extravagancias en las acciones; pero estas manchas son tan raras y las bellezas tan numerosas que no queda más que el tiempo de admirar. Se ha dicho que Victor Hugo ha imitado á Shakspeare. Bien poco, según mi opinión. El poeta francés es menos osado que el poeta inglés: la alianza de la comedia y de la tragedia que se le ha reprochado tanto, reina en un punto mucho más alto en su antecesor. Así Shakspeare no teme hacer seguir una conversación jocosa y bufonesca á dos músicos ante el lecho de muerte de Julieta. Se extrañaría uno si no reflexionase. En efecto, aquella mujer que vela

un cadáver, se inquieta poco por él, charlotea y ríe. Se pasa cantando al lado de la desventura ajena. Esta es la verdad que pinta Shakspeare y que en lugar de criticarla se admira. Así en su obra, á cada instante hay pequeñas digresiones; dos palabras solo y se hace una gran luz. Es que es peculiar á su genio, no perjudicar en nada la acción principal. Hamlet es, sobre todo, un prodigio en su género; mil incidentes, que no parecen pertenecer al asunto, sobrevienen, y, sin embargo, en estos no se ve más que una fría y pálida tragedia. Añadiré una observación particular á estas digresiones; de ordinario, los dramas son cortos y se asombra uno después de haberlos leído de que puedan contener tantas cosas. Según mi opinión, esto sucede gracias á estas escenas episódicas. El poeta toma un asunto muy sencillo por sí mismo, sólo que lo retorna bajo todas sus fases, lo somete á todos los matices del prisma, lo pone en presencia de todos los lentes. A esto hay que añadir—ya te lo he dicho,—que este gran número de escenas cortas, no enredan en modo alguno la marcha de la acción, antes bien, la agrandan y la esclarecen. Pero que no se proponga seguir tal procedimiento un poeta mediocre; hace falta ser Shakspeare para coordinar estos trozos diversos, ligarlos sólidamente y hacer un todo homogéneo de partes heterogéneas, para mezclar así los colores más disparatados, hacer un mundo de este caos y sacar la vida humana con sus risas y sus sollozos, sus blasfemias y sus plegarias, su grandeza y sus miserias. El sendero es estrecho y el abismo es profundo; si no sois sublime, llegáis á ser difuso y detestable. Por otra parte la digresión no parece voluntaria; viene naturalmente y deberá ante todo, llamarse entonces desarrollo. Sobre todo, y esto es lo que la hace aceptar, está fundada en la observación, y no aparece más que para revelar uno de los lados de la acción trágica ó cómica. No le condenéis antes de haber pensado largamente; á menudo la idea está oculta bajo la forma



Reflexionáis y el sentido de la verdad no puede por menos de deslumbraros. Yo quisiera resumir mi demasiado corta y demasiado indigna apreciación en algunas palabras brillantes; adoro las conclusiones luminosas que ponen al desnudo el pensamiento entero bajo los ojos. Me parece que Shakspeare ve en cada uno de sus dramas una materia para pintar la vida. Una acción cualquiera no es para él más que un pretexto para las pasiones, no para el carácter; la acción no es más que secundaria, lo que á él le importa es pintar al hombre y no á los hombres. Cada uno de sus dramas es como un capítulo separado de una obra de humanidad; él pinta uno de nuestros aspectos, algunas veces muchos, largamente cuidadoso de no omitir nada, introduciendo todo lo que le puede servir.

Otelo no es sólo un hombre celoso, es los celos; Romeo, el amor; Macbeth, la ambición y el vicio; Hamlet, la duda y la fragilidad; Lear, la desesperación. Nada de mezquinas ó extrañas excepciones, sino una generalidad grandiosa; nada de tendencias idealistas ó realistas, sino una concepción verdadera conteniendo la vida y lo real y lo ideal. Cuanto al estilo, te lo repito, no puedo juzgar. Yo quería hablar ante todo de la forma; después apreciar dos ó tres dramas para llegar al pensamiento, y me doy cuenta de que he mezclado los dos asuntos. ¡Tanto peor, ó mejor dicho, tanto mejor! No habiendo leído á Shakspeare no me habrías comprendido de haber entrado en los detalles. Prefiero haber dicho mi juicio, sin haber tenido que recurrir al examen de tal ó cual drama. Esto aparte, he ido muy lejos. No desespero de hacer uno de estos días un estudio concienzudo sobre Shakspeare; por ahora conténtate con estas líneas. Por otra parte, obrarás mejor estudiándolo cuando lo leas, que leyendo mis pálidas y probablemente falsas apreciaciones. Le juzgo tal que me parece haberle comprendido en una lectura; pero puedo equivocarme.

Si estuvieras libre te diría: «Léelo á tu vez y di-

me lo que piensas; pudiera ser que se hiciese la luz al choque de nuestros dos juicios.» Pero forzoso será dejar esto para más tarde. He charlado y es todo lo que hacía falta. Que mis errores me sean leves, aunque pueden ser muy grandes.

Leí en los periódicos de provincias—por ejemplo en *El Memorial d' Aix*,—frecuentes artículos sobre la descentralización literaria. ¿A qué tantas palabras si un solo hecho defendería mejor la causa? Que un autor de provincia haga una obra maestra, que se resigna á no ser admirado más que en su pueblecito, que deje allá á París, que desdeñe los aplausos, y este autor, esta obra maestra, esta abnegación serán argumentos más fuertes que todas las declamaciones posibles. Por mi parte estoy muy lejos de ser partidario de esta descentralización. Cuando examino á estos que la predicán, veo que no son los lectores interesados sobre todo en la cuestión, sino escritores insignificantes á quienes la suerte ha lanzado lejos de París, que tienen novelas y comedias en sus cajones y que quisieran dar salida dulcemente á sus productos; la capital no los quiere, la provincia no imprime: ¡viva, pues, la descentralización! ¿Qué mal hay en que París sea el hogar intelectual? ¿No hay un sol para todas las comarcas de la tierra, y no les da luz y las calienta á todas? París es el astro de la inteligencia; él envía sus rayos hasta á las provincias más atrasadas. París es la cabeza de Francia; mientras más se eleva la cabeza más se engrandece el cuerpo; mientras más piensa, más se mejora todo. La descentralización política ha sido rechazada, ¿por qué no ha de serlo del mismo modo la descentralización literaria? Se ha temido, con razón, el nacimiento de tribunas secundarias donde periodistas secundarios vendrían á mover los brazos en el aire. ¿Por qué no se ha de temer desparramar los hombres de talento y crear en cada pueblo una academia donde los tontos no podrían dejar de estar en mayoría? ¿No resulta mejor



que cada villa envíe á París á su gran hombre, y que de todas partes estos reflejos se reúnan para formar un sol esplendente? Por otra parte la descentralización es cosa imposible y no sé bien por qué la ataco. La mariposa viene siempre á voltigear alrededor de la lámpara luminosa; el genio vendrá siempre á hacerse aplaudir á París. ¿Es acaso que no se puede escribir bien en provincias? ¿Es que no hay más que la capital para juzgar mejor y distribuir coronas durables? He aquí cual será mi sistema: componer en provincias y publicar en París.

En mi última carta, la que creo perdida, te preguntaba una pluralidad de cosas. Novedades de Aix, del cual Cézanne se obstina en no hablarme; tus esperanzas acerca de los exámenes escritos; tu juicio sincero sobre mi poema que has debido leer. La epístola que acabo de recibir, no puede contentarme; hace falta que me escribas de nuevo y cuanto antes. Además, ya te lo he dicho, quiero saber ante todo si mis cartas te son fielmente remitidas. Una palabra, pues, en la primera semana de agosto, y respóndeme á todo lo que te pregunto. Indícame también la época en que cuentas venir á París; tengo necesidad de estos datos para fijar mi viaje.

El tiempo es bastante desapacible aquí, lo que hace que no salga nunca. No he visto, pues, ni á Matheron ni á Raúl.

Valor y hasta pronto.

Mis respetos á tus padres.

Te estrecha la mano, tu amigo,

EMILIO ZOLA

La enhorabuena á Julio Raynaud. ¿Vendrá este año á la Escuela Politécnica?

## XVI

julio 1860.

Mi buen viejo:

No sé realmente lo que escribirte para llenar tres ó cuatro páginas; quiero todos los días comenzar por copiarte unos apuntes empalagosos, que he escrito últimamente leyendo á Victor Hugo. He ahí los antedichos apuntes: En el prefacio de *El último día de un condenado á muerte*, hay dos ó tres puntos sobre los cuales el autor no ha insistido bastante.

Y, ante todo, la justicia humana, siendo falible, no debe infligir un castigo sobre el cual no pueda volver. Aprisionad al hombre, para que si su inocencia es reconocida, podáis ponerle en libertad; pero no le metáis nunca en una tumba en la cual la puerta no se abre jamás. No hay más que Dios que pueda castigar eternamente, porque Dios no puede engañarse; es un insulto á Dios disputarle este derecho de suprema justicia, disponer como creador de sus criaturas, quitar lo que no se puede dar. La pena de muerte es una blasfemia, un sacrilegio.

Por otra parte vosotros le arrebatáis al criminal el remordimiento; es decir, la redención. A este hombre que ha obrado mal no le dejáis tiempo para que obrando bien se redima. Y aquí invocaría yo aun la religión: desobedecéis á Cristo que levanta á la Magdalena, vosotros que no sabéis castigar el crimen más que con el aplastador talón. La pecadora tiene la segunda mitad de su vida, pasada entre las lágrimas y el arrepentimiento para borrar los pecados de la primera. El criminal para vosotros no tiene más que algunas horas, y todavía, en el estado de terrible turbación en que se encuentra no puede aprovecharlas. Este hombre es, pues, perjudicado por vuestra culpa,



y, si hay una justicia en el cielo, este daño recae sobre vuestras cabezas, sobre la humanidad entera. Yo afirmo, pues, por segunda vez que la pena de muerte es una blasfemia y un sacrilegio. Me parece que Victor Hugo no refuta completamente los grandes argumentos de los partidarios de la guillotina: el del ejemplo. Parece que no lo ataca francamente: diríase que se finge ignorar que la idea es ésta: el hombre, al cometer su crimen no es detenido por la idea de la muerte, esa ley del Tali6n que hace, en su realidad terrible, palidecer á los m1s valientes. El ejemplo para m1 no est1 en el horroroso tablado. La cuchilla, el verdugo, la muchedumbre que acude, no tienen que ver nada all1 dentro; est1 en este pensamiento del miserable antes del crimen: «Si matas, hay leyes que te matar1n.» Cierzo, mirado bajo este punto de vista, este argumento es formidable, ¿qu1 son las galeras, qu1 son las prisiones celulares al lado de la muerte? Todos os gritar1n: «La prisi6n, la prisi6n eterna, pero dejadme vivir» As1, la pena de muerte, por su misma atrocidad, parece deber evitar todos los cr1menes. ¿Y es as1? ¡ay! no; y la realidad est1 aqu1 para probaros que el cadalso, lejos de evitar los asesinatos no es otra cosa que un asesinato jur1dico m1s, esta es la verdad. Entonces ¿1 qu1 ese siniestro espantajo? Religi6n, moral, la utilidad misma, todo est1 contra 1l, y vosotros persistis en agitarlo como un gir6n ensangrentado. Es una atrocidad in1til que fu1 1til por otra parte, y que falta rechazar, ya que con tanto af1n la defend1is. ¿Por qu1 no busc1is otra pena? Ya s1 que es m1s f1cil amputar una pierna que cuidarla a1os enteros, pero esta amputaci6n ser1 tanto m1s odiosa cuando la pierna pudiera ser curada. No veng1is, pues, 1 decirme que todos tienen miedo 1 la muerte, porque esto es una necesidad; que esta amenaza de muerte tiene 1 los asesinos, porque no es verdad ni, que, en fin, os serv1s de la guillotina, porque no ten1is otro castigo tan terrible y tan c6modo, que es 1 la vez

una declaraci6n de impotencia, de crueldad y de pereza.

A la obra, pues, legisladores, rehaced el C6digo penal, si el C6digo penal est1 mal hecho, pero no sufr1is m1s que se os diga que la justicia humana es impotente, perezosa y cruel ¿qu1 digo yo? inmoral, sacrilega, ofensiva para los hombres y para Dios.

Creo que has leído *El 1ltimo d1a de un condenado 1 muerte*. Es, sin duda, la obra m1s extra1a que pueda leerse; un estremecimiento de espanto recorre vuestro cuerpo desde las primeras l1neas, se sufre todas las agoni1s del miserable, se sube al patibulo con 1l. No recrimino que el autor nos haga temblar as1; 1l no tiene m1s que un fin: hacer odiosa la pena de muerte. ¿Quer1is que luciese un ideal? Ha tomado el camino m1s corto, se ha dirigido 1 vuestros corazones, 1 vuestros nervios, poni1ndoos de punta el cabello, apiad1ndoos y mezclando vuestro espanto con la misericordia. Cuando se quiere el fin, es indispensable querer los medios.

El se habr1 dicho, sin duda: «Cuanto m1s horrible sea mi pintura, mejor ganar1 la causa, que ante todo es una causa grande y bella.» Este reproche de horror es, pues, un elogio, y no podr1 serle dirigido m1s que por los mismos que condenan y 1 los cuales su novela viene 1 turbar todas las noches, con inquietantes visiones. Haced desaparecer la pena de muerte; haced de esa libre, terrible realidad, un vano sue1o y todos dormir1n tranquilos, y no se ver1 m1s que una cuesti6n de arte, all1 donde se agite horriblemente una cuesti6n moral. Que no se me pregunte sobre todo con qu1 derecho el autor ha empleado toda su poes1a para convertir en m1s terrible esta idea, con qu1 derecho ha escogido y tratado este asunto. Del derecho de todo hombre honrado, responder1a yo, del derecho del que descubre resueltamente una llaga devorante, que gentes, que yo no calificar1 cre1an m1s



prudente ocultar. He ahí el mal; ahí está el cáncer, curadle lo más pronto posible, no lo dejéis extenderse y roer todo el cuerpo. Pero, se me dirá: ese poeta, no ha estado nunca condenado á muerte; habla al azar de los sufrimientos de los criminales, se equivoca, sin duda, inventa. ¡Eh! ¿qué importa? ¿Creéis que aquí pueda la imaginación superar á la realidad? ¿Creéis que las torturas reales cedan á las torturas imaginadas? Tembláis ante estos sollozos que sueña el poeta, ¿qué sería, pues, si escucharais los verdaderos gritos y vieseis los lloros verdaderos? Yo lo he dicho con vosotros; el autor se equivoca, sin duda; estas no son probablemente, las sensaciones de un condenado; mas por lejanas de la horrible realidad que estuviesen, bastarian para levantar una punta del telón sangriento y hacernos entrever la verdad, mil veces más horrorosa. Me espanto, lloro apiadado, grito casi ante el martirio, y esto es lo que quiere el poeta. La religión es atacada con creces en diferentes capítulos. Así, el capellán de las prisiones, presentado como habituado á esta clase de escenas é incapaz de conmoverse, de consolar, de convertir, ha levantado muchos gritos. Puede ser que haya honrosas excepciones; pero en esta cuestión de vida ó de muerte, de salud ó de daño, si se confiesa un solo caso en el que el poeta se encuentre en la verdad, la pena de muerte se convierte al instante en una cosa impía. No basta entonces con matar el cuerpo; se mata el alma. Hay también páginas encantadoras en este caos de estertores y sollozos. El capítulo XXXIII, por ejemplo, donde el condenado, algunas horas antes de su muerte se acuerda de su primer amor. Esta Pepa que va á leer por encima de sus hombros en el gran jardín á la luz muriente del crepúsculo; este beso de dos niños de quince años; esta ingenuidad de jovencita, es uno de esos rayos que os tranquilizan y os hacen sonreír. Y esta escena de tristeza desgarradora en que la hija del condenado va á verle por última vez... ¿quién es

la madre que no llora, que no maldice entonces el cadalso, la estúpida cuchilla que hiere tanto al inocente como al culpable?

(Fin de los apuntes empalagosos.)

Estoy ocupadísimo en este momento. Termino una novelita titulada *Una ráfaga* de estilo simple y ligero.

Cuando esté en Aix te la haré leer, y me dirás tu opinión. Pienso escribir cinco ó seis parecidas para hacerlas editar juntas bajo el título general de *Cuentos de Mayo*. Mi sueño es el de hacer aparecer antes de dos años, dos volúmenes, uno de prosa y otro de versos. Respecto al porvenir, no sé; si emprendo definitivamente la carrera literaria, quiero seguir mi divisa: *¡Todo ó nada!* Quiero, por consiguiente no marchar sobre los pasos de nadie; no es que ambicione el título de jefe de escuela, de ordinario, un hombre tal, es siempre sistemático; pero yo desearía encontrar algún sendero inexplorado y salir del montón de escritores de nuestro tiempo. El poema épico—yo entiendo el poema épico á mi modo y no una estúpida imitación de los antiguos,—me parece un camino asaz poco común. Es una cosa evidente: cada sociedad tiene su poesía particular; luego, como nuestra sociedad no es la de 1830, como nuestra sociedad no tiene su poesía, el hombre que la encuentre será justamente célebre. Las aspiraciones hacia el porvenir, el soplo de libertad que se eleva de todas partes, la religión que se purifica, he ahí las fuentes poderosas de inspiración. El todo estriba en encontrar una forma nueva de cantar dignamente los pueblos futuros, de mostrar con grandeza á la humanidad ascendiendo las gradas del santuario. Tú no puedes negar que hay aquí algo de sublime por encontrar. ¿Qué? lo ignoro todavía. Siento confusamente que una gran figura se agita en la sombra, pero no puedo precisar sus trazos. Mas, no importa, no desespero de encontrar la luz un día, y entonces me podrá servir esta forma de poema épi-



co que entreveo confusamente. Y mientras se maduran estas ideas, mientras llego á ser hombre, quiero, como te he dicho, preparar mi camino, dar los dos primeros pasos, es decir, lanzar al público un volumen de versos y otro de prosa.

En estos últimos días se me ha metido cierta idea en la cabeza, y es la de formar una sociedad artística, un club, cuando estéis en París tú y Cézanne. Seremos cuatro fundadores: vosotros dos, yo, Pajot, joven para el cual te pido tu amistad. Seremos excesivamente exigentes para recibir nuevos miembros, y esto no se hará hasta después de un largo conocimiento de caracteres y opiniones. Nos reuniremos semanalmente, por ejemplo, y emplearemos nuestras reuniones en comunicarnos los pensamientos que hayamos tenido, las observaciones hechas durante la semana; el arte, bien entendido, será el gran tema de conversación, á pesar de que la ciencia no sea completamente excluida. El fin, sobre todo de esta asociación, será formar una pujante fracción para el porvenir, sostenernos mutuamente, cualquiera que sea la posición que nos espere. Somos jóvenes, el espacio es nuestro; nada será más cuerdo antes de lanzarnos, que estrecharnos las manos, formar un nuevo lazo entre nosotros, para que una vez en la lucha sintamos á nuestro lado á un amigo, este rayo de esperanza en la noche de la humanidad. A más de esta ventaja futura, tendremos la de pasar un día agradable todas las semanas, la de vivir y fumar algunas buenas pipas. Si así lo deseamos volveremos á hablar de viva voz sobre este proyecto.

Cézanne ha debido hablarte de Chaillán, del famoso Anfión que ha echado á perder copiado de mi academia. Este Chaillán es un muchacho curiosísimo, buen hombre en el fondo, pero de una superficie tan deslustrada que no se le puede tomar por ningún lado sin sufrir un desencanto. No es fatuo, lo que hace que casi le ame; si no tiene talento no se lo cree al

menos y esto le hace muy soportable. Prefiero pasearme con él que con Marquezi; está provisto además de una cierta dosis de buen sentido que hace que se le escuche sin disgusto. Es el único ser, excepto Pajot, que yo frecuento aquí; hemos vaciado y vaciamos muchas botellas de vino blanco, hasta de Champaña, fumamos, reímos y se pasa una hora sin fastidio.

Esta carta es, sin duda, poco interesante. No quiero volver á comenzar nuestra antigua discusión, ni menos entablar otra; por otro lado mi vida es de las más monótonas, y cuando viene una idea á mi pluma la rechazo diciendo: «Prefiero decírsela de viva voz.» Todas estas causas reunidas hacen, pues, que no sepa lo que decirte y que llene tal cual mis ocho páginas de simplezas. ¡Que ellas te sean leves!

En fin, acabemos la página hablando un poco de mi viaje. Cuento con marchar á Aix el 20; todavía te escribiré una carta desde París, alrededor de esa época, carta en la cual te diré si puedes escribirme dándome cuenta del resultado de tu examen y de las disposiciones que tomas para las vacaciones. Así, pues, de todas maneras, no me escribas antes de recibir una carta mía fechada sea en París, sea en Aix y diciéndote en estos dos casos lo que debo hacer.

A decir verdad, mi viaje no está todavía decidido, es decir, lo espero todo y no tengo nada. En todo caso, experimento tal necesidad de veros, de vivir un poco, que estoy dispuesto á poner á Pelión sobre Ossa (clásico) para conseguir mi objeto. Cuenta, pues conmigo.

¡Oh joven que ha palidecido sobre los libros! Sacude la polvareda científica, ataca tu pipa, vuelve á llenar tu vaso, ¡he aquí el mes de las locuras! Mi carta es bastante trivial. Buenos días. Te estrecho la mano. Mis respetos á tus padres.

Tu amigo

EMILIO ZOLA